

abertura por la que se observa fácilmente que el ataúd ha estado vacío".

La lectura del acápite que acabo de copiar ha helado la sangre de mis venas haciéndome sentir la misma impresión de terror que experimenté al tener noticia y detalles de la muerte de Alfredo Sarco, el amigo de mi infancia, el compañero inseparable de mi juventud. Alfredo había sido para mí algo más que un amigo; fué un hermano á quien quise con entrañable afecto. Filósofo y poeta por temperamento, tenía una alma sencilla y buena; era austero y jovial, franco y caballeroso, noble y desinteresado, activo y luchador, profundo en sus ideas, sencillo y afable en su trato.

Cuando después de su ausencia de cuatro años volví á mi tierra natal, encontré á Alfredo de vísperas de tomar estado. Con entusiasmo infantil me habló de su prometida, de sus proyectos y en fin, de la dicha sin par que le ofrecía la futura compañera de sus días.

Al final de la frondosa alameda donde se respira el suave perfume de las rosas silvestres, donde las golondrinas alegren el espacio y donde el murmullo de las aguas de cristalino río hacen pensar en los encantos de una vida de amor y felicidad, allí había Alfredo construido su pequeña quinta. "Este ha de ser mi nido" me dijo orgulloso la vez que me invitó á pasearla. Ponderé el exquisito gusto con que había sido atreglada. "Todo es fruto de nuestro común deseo" — me dijo. — "Ambos hemos imaginado el plano: bajo nuestra dirección se han levantado las paredes; los muebles que ves han sido elegidos por ella; ella ha puesto en todo algo de su alma". Los adornos que lucían las puertas y ventanas, la encantadora sencillez, la coquetería, el derroche de buen gusto que había en todo revelaba su deseo y el reflejo de su anhelo de dicha interminable.

A fines de mayo, dos semanas después de mi llegada, Adela — la prometida de Alfredo — se moría: la fiebre había hecho rápidamente estragos en su organismo y los cuidados de la sienela resultaban estériles para salvarla. De sus negros y hermosos ojos sólo se desprendían miradas vagas empañadas á ratos por lágrimas que al rodar por sus mejillas rojas y febriles se evaporaban rápidamente. Alfredo á la cabecera del lecho permanecía grave, inmóvil. De vez en cuando extendía el brazo ya para pulsar á la moribunda, ya para acariciar su ~~blonda~~ cabellera.

De Alfredo sólo tenía noticias. Desde la muerte de Adela se había encerrado en sí mismo: su corazón donde creía su esperanza no guardaba otro deseo que el de dejar de latir para siempre. Muerto su único bien, sólo anhela reunirse á él allá en el impenetrable misterio de ultratumba.

En una de mis últimas visitas á la casa de Alfredo fui enterado de que mi pobre amigo había decidido morar la casita de campo que con él visité la tarde en que habló de sus amores, allá al final de la alameda de álamos donde el río ensancha su cauce y resaca los cálidos coques de las puestas de sol.

11  
Mi amigo me recibió aquella mañana con un gesto de displicencia y abandono. En él no eran raros los cambios de estado que experimentaba su espíritu y á ello se debía el que todos, inclusive yo, pensáramos que su razón estaba perdida.

"Anoche tampoco la he visto", me dijo suspirando. Quisiera tenerla siempre á mi lado, pero como no es así. . . . de allí que . . . y corriendo la frase guardó un silencio profundo.

Yo quedé inmóvil contemplando á aquel hombre cuya mirada intensa y brillante revelaba en ratos la calma, la duda, la indecisión.

"Mañana ha de ser", me dijo al fin. "Mañana sabré si efectivamente ella ha muerto: aunque está conmigo pienso á veces que también lo está en el cementerio porque he visto allí su tumba. Mañana debo saber lo que guarda ese nicho: mañana sabré".

No podía contrariar el deseo de mi pobre y desventurado amigo: creía que su loco empeño de exumar el cadáver de Adela para trasladarla á un pequeño y sencillo mausoleo que había adquirido con el solo fin de ver los despojos de su gloriosa muerta, podría curarlo de esa fiebre, de esa locura que se él se había apoderado y así fue que acconcentré á la cita que me diera.

Cuando descendí del carruaje, ya Alfredo me esperaba en la puerta del cementerio. Estaba extremadamente pálido. Casi parecía un espectro. Inconscientemente me extendió la mano y como guiado por mí siguió mis pasos, perdiéndonos ambos bajo los sau-

ces, entre las calles estrechas del solitario campo ~~de~~ ~~Adela~~.

Frente al sepulcro de Adela nos esperaban dos hombres, uno de los cuales recibió de manos de mi amigo la licencia concedida para la exhumación del cadáver.

El sepulturero dió comienzo á su labor. Cada golpe de picota resonaba sordo en todas direcciones; el sol comenzaba á descender al horizonte y mi frente sentí bañarse de un sudor copioso y frío.

Cuando las campanas de la capilla daban las cinco, la caja mortuoria estaba ya fuera, sobre el pavimento.

El sepulturero y el hombre que lo acompañaba se retiraron quizá en busca de una carretilla de mano que hiciera más fácil la inducción del féretro bulto al lugar donde en adelante debía ser sepultado.

12  
Mi amigo, abandonando la posición de estatua que había adquirido desde un principio, avanzó lentamente, muy ~~de~~ hasta colocarse junto á la caja.

Yo no me atrevía á hablarle. Juzgando terrible el momento por el que atravesaba preferí seguir en acecho sus menores movimientos, temeroso de que su dolor estallara de que su posible locura hiciera crisis, y en fin, de que le sobreviniera algún accidente fatal en ese trance caprichoso, estrafalario, al que casi inconscientemente me había yo presado á ser testigo. Por instantes me arrepentía de mi condescendencia; anhela vivamente la vuelta de los hombres que momentos antes se habían separado de nosotros; ellos acostumbrados á presenciar execraciones de dolor y familiarizados con las ceremonias y actos fúnebres, podrían darme el valor que en esos instantes tanto necesitaba.

Sarco, grave, como desde un principio, con una rodilla puesta en tierra, hizo un ligero esfuerzo al que cedieron los gemidos enmohecidos de la caja; e hrechinar de ellos me hizo temblar, y lentamente, mi amigo hizo girar la tapa. Lo que mis ojos vieron no es para describirlo. Un pintor especializado en la concepción de lo macabro y diabólico jamás podría idear un pálido reflejo de lo que vi en ese instante aterrador: Dentro del cajón descansaba un cuerpo esquelético cubierto en parte por un lino blanco y cuya cabeza estaba poblada de un pelo ralo, terroso. En su amarillenta cara de facciones confusas, se destacaban claros y redondos unos ojos grandes, muy grandes, desmesuradamente abiertos, de un color indefinible. Sus pestañas eran escasas, largas y lacias. Su nariz roma y su boca, plegada y seca, héi aún más repugnante y macabro el conjunto. Sería capaz de someterme á los mayores tormentos antes que volver á presenciar el cuadro aterrador de aquel espectro infernal. Sarco se inclinó sobre él y con espanto, ya próximo á la locura, vi que depositaba un beso sobre aquellos labios y después pude ver aún, ya fuera de razón, que aquella boca le sonreía dulcemente. . . .

No sé más. No recuerdo cómo ni á qué hora salí de allí. Como despertando de una horrible pesadilla comencé á volver la razón á mí cuando el carruaje que me conducía se hallaba próximo á mi casa. No sé quién me instaló en él ni quién dió mi dirección al cochero: sólo tengo presente el momento que descendí del vehículo. Mis pies parecíanme que caminaban sobre almohadones de plumas.

En casa encontré á mi madre, á mi hermana y á nuestro viajero amigo Fernando, quien al ver que al entrar me desplomaba sobre la primera butaca que hallé á mi paso, me dijo suspirando: "Ya la edición de esta noche da la noticia" y acercándose á los ojos el periódico que tenía sobre sus rodillas, leyó:

"A las 5 p. m. de hoy dejó de existir en el Hospital de San Juan, á donde fue llevado en estado agónico, el conocido caballero señor Alfredo Sarco, quien en las primeras horas del día se disparó un tiro de revólver en la quinta de su propiedad situada al final de la avenida 16 de Julio. . . ."

Lima, 6 de mayo de 1925.

V. J. Benavides.

De "El Comercio"  
Lima, 7 de Mayo  
de 1925. -  
(Edición de la  
Tarde) —

#### CHAMPANADA

El Círculo Militar del Perú, ofrecerá hoy sábado a las 12 m. una champanada al Coronel don Rafael A. Vilaca, Agregado Militar a la Legación del Ecuador, con motivo de su próximo viaje.

—Un grupo de amigos organizará hoy al señor Victor J. Benavides con una champanada, con motivo de su cumpleaños.

### COMIDA.

En el restaurant "Astoria" fue agasajado con una comida, por un grupo de amigos, el doctor Fernando Rodríguez Pastor, con motivo de su próximo viaje a Colón, donde se dirigirá con el cargo de Cónsul del Perú.

Rodeaban la mesa los siguientes señores:

Benigno Tudela Cáceres, Juan Luardo, César Osorio Muñoz, Vicente Ruiz, Thomas C. Ramsay, Germán Pró, Josué Bayona, Nicolás Samoilwón, Francisco Garrues, Ricardo Caveró Egúquiza, César Revoredo, Víctor J. Benavides, Octavio Solano, Jorge Chiarella Fuller, Ernesto Vivanco Mujica, Oswaldo Alzamora, Víctor Solano Castro, Carlos Crespo Salmón, José H. Torre Tagle, Víctor Melgar, Carlos Burza Larrea, Luis B. Osorio, Luis Santana, Oscar Pró, Alfredo Ramírez Gastón, Julio Castellanos, José Figari, Raúl Pró, Jorge Pérez Flores, Pedro P. Coronado, Manuel Lores, Mario Talavera, José San Román. Se adhirieron los señores Arnaldo Panizo, Federico Rivera, Jorge Cuadros Grillo y Francisco Ayulo Erauzquin.

De "El Callao" en  
Callao, 26 de Junio/1925.

De la sección "Crónica  
del Callao" de  
"La Prensa" de Lima  
edición de la mañana  
del 6 de Julio de 1925.

## TOMANDONOS EL PELO? 23

En una de las últimas ediciones de la tarde de "El Comercio" se publica una crónica de Luis G. de Linares. En ella, después de habernos de los menesteres a que se dedicaran los emigrados rusos, nos dice de su angustia, de sus afanes, del dolor con que pagaron el dolor de los suyos en el exodo que emprendieron a raíz del advenimiento de Lenine. Dibuja en su estilo sencillo a generales conductores de "taxi", generales desdeñadores olímpicos de la propina que el parroquiano les entregaba y que ellos en San Petersburgo — hoy Leningrado — en Niza y en París regalaban espléndidamente a los que bien les servían. También describe la infinidad de salones que surgieron en Londres, salones moscovitas servidos por duquesas, princesas, condes, duques, vizcondes y toda laya de aristócratas.

Y Linares concluye con la invasión que sufriera Europa de improvisados artistas, artistas que por no serlo no interesaban, artistas que terminaban en un café del boulevard o en un cabaret de la Butte de Montmartre atendiendo, derechos sobre su caída nobleza, a los nobles extranjeros, a los suramericanos de allende los mares y a los "nuevos ricos" del mundo entero que nos trajera para desgracia de la delicadeza y beneficio del rascacuerismo, la post-guerra.

El cronista al que aludo, nos presenta enseguida al ruso Gregorio Boruchoff, un artista para el incommensurable, que lo ha turbado, que entre los artistas que han pretendido en la post-guerra sacudir a los espíritus elevados lleva un número primo. Y este artista, este hombre cumbre es un pintor sin pinceles, sin colores, un pintor sin paleta. Boruchoff — dice Linares — es un verdadero artista, creador de una nueva técnica; es un hombre original que no plagia los procedimientos de los pintores de hace cinco siglos; es único en su género.

Después el cronista nos habla de un apunte hecho por el artista capilar a Máximo Gorki, otro de Schubert el compositor de los "lieder".

Es verdad que Linares nos asegura que Boruchoff no ha logrado vencer a nadie con sus trabajos y también asegura que su criada, que es de Guadalupe, ha visto en diversos lugares de su pueblo estampas del Corazón de Jesús y de la Santísima Virgen hechas con pelos de bienaventurados.

Este artista estupendo ha venido con la post-guerra. Nosotros acá en Lima, el año 1916 tuvimos ocasión de contemplar en las vidrieras de la principal joyería de la ciudad trabajos idénticos. Iguales o parecidos. Y así como Boruchoff hizo un apunte de Máximo Gorki, el artista peruano hizo entre otros, muy buenos, el de don Ricardo Palma, apunte hecho con pelo, trabajo que el admirable anciano estimó en gran manera. Los diarios y revistas de la época lo dijeron.

Este artista se llama Víctor J. Benavides.

Hoy dedica sus ojos a la pintura al óleo, es un retratista formidable. Ya no le "toma el pelo" a nadie.

DACTILO.

# EL HOMBRE QUE HACE RETRATOS DE PELO

EXTRAVAGANCIAS DE LOS "ARTISTAS" RUSOS



Gregori Boruchoff, el pintor capilar, trabajando en su estudio.

falsos "cabarets" bohemios para turistas norteamericanos, que existen en la Butte Montmartre. Yo recuerdo a uno de los ejemplares más pintorescos de esa fauna nacida del bolchevismo. Era un gigante de cara infantil y largas melenas rubias, que aseguraba tranquilamente ser "pintor sintético." En realidad, no era más que un dibujante mediocre, que había sustituido el lápiz por las tijeras, y que recortaba, con prodigiosa velocidad, de una cartulina negra, la silueta de todas las figuras parisinas que entonces se hallaban en boga. Cuando los turistas portadores de libras, de pesetas o de dólares, salían de los "music hall," donde actuaban las más famosas "vedettes," el "pintor sintético" les ofrecía sus servicios.

## NUEVA ESCUELA DE PINTURA

Cuando me he enterado de la revelación de Gregori Boruchoff como pintor capilar he quedado algo perplejo.

"Es un verdadero artista, creador de una nueva técnica; es un hombre original que no plagia los procedimientos de los pintores de hace cinco siglos; es único en su género..." me han asegurado. Y debo reconocer que la idea de combinar los pelos negros, castaños o rubios sobre un lienzo, para conseguir la imagen de una persona, no se ha presentado a Julio Romero de Torres ni a Ignacio Zuloaga. Además, he recorrido detenidamente el Museo del Prado y el del Louvre, y no recuerdo haber admirado en ninguna sala cuadros capilares... Sin embargo, me parece recordar....

Estas reflexiones estaba yo haciendo, en voz alta, cuando la criada que padezco me interrumpió, diciendo:

—¡Pues vaya una cosa! En mi pueblo, cuando yo era moza, todos los peluqueros colgaban en sus portales unos cuadros hechos con pelos de persona...

—¿En su pueblo?—balbucí un poco desorientado—si es en Rusia... ¿sabe usted?... en Rusia...

—En Guadalajara, señor, en Guadalajara.

—Además—prosiguió—hacían unos santos preciosos con los pelos de los difuntos. Mi madre tenía uno colgado en la cabecera de la cama.

## SCHUBERT Y GORKI, VISTOS POR BORUCHOFF

Si hemos de conceder crédito a las afirmaciones de Gregori Boruchoff, preciso es reconocer que sus obras han corrido mejor suerte que las de aquellos barberos artistas de hace medio siglo. Este original pintor asegura que tres de sus mejores cuadros se hallan en un museo austriaco, y que, recientemente, un muso sueco ha adquirido otros dos. El resto de su producción, que consta de veintitrés obras maestras, está repartido entre las principales galerías particulares rusas.

Sus más recientes producciones son un apunte de Franz Schubert y un retrato de Máximo Gorki. La cabeza del pobre compositor vienés de los "lieder" famosos, que está conseguido con diminutos trozos de pelo pegados sobre un lienzo, procura la impresión de una tapicería de colegiala. La cabeza de Gorki, resuelta con varios tonos de pelo, recuerda un poco esos pintorescos carteles que se ven en las barracas verbeneras de San Antonio de la Florida, anunciando la clásica mujer peluda.

Pero aunque Gregori Boruchoff no haya conseguido convencer a nadie de la importancia artística ni de la originalidad de su obra, hemos de agradecerle el haber evocado una época romántica: la de los valeses vieneses y de las flores secadas en los libros; la época en que los rizos femeninos constituían uno de los principales temas literarios.

Luis G. de Linares.



Apunte de Schubert, conseguido con diminutos trozos de pelo pegados sobre un lienzo.



La cabeza de Máximo Gorki, resuelta con varios tonos de pelo.